

El buen Mirafuentes, en sus travesuras, no tiene ni la gracia de la oportunidad. Si realmente el gobierno hubiese tenido el candor de suponer de importancia á ciertas criaturas, tiempo y ocasion le ha sobrado para poner en práctica la enorme tontería que, en sus infantiles elucubraciones ó en sus inocentes miedos, supone el celoso sostenedor de la ley y el ardiente defensor de la patria, por lo que iba á gastar hasta sus cien pesillos para salvarla desde una curul del Congreso.

Si la supuesta venganza del gobierno fuese cierta, es de creerse que no emplearía los medios estúpidos que ya ha descubierto el ingenuo paladín del *Monitor*. Pero no llevemos las cosas al mundo de las invenciones, ni hagamos una disertación formal y concienzuda sobre lo que pudieran ser las venganzas de un gobierno, porque los hechos que cada día pasan á los ojos del pueblo, harían esa disertación inútil y hasta ridícula.

Nadie ignora que si el gobierno no ha pensado en ejercer ninguna venganza sobre opositores realmente graves, y que cuentan con algún prestigio por su talento y por su posición social, menos ha podido ocuparse de los aprendices de política, que para gastarse y nulificarse se bastan á sí mismos. Precisamente jamás ningún gobierno había dejado mas amplia libertad á los aficionadas á escribir que en la época presente, no solo por cumplir religiosamente con la Constitución, sino porque, á no dudarlo, tiene el íntimo convencimiento de que así como los gobiernos se gastan y se nulifican por sus obras, también los escritores contos y los estadistas que arreglan el mundo dentro de la alcoba, se gastan y nulifican por sus sandeces ó por su injustificable petulancia.

Si en efecto el gobierno ha querido vengarse de sus detractores, ya lo ha logrado ampliamente dejándolos en completa aptitud de darse en exhibición como impostores, como coristas desahucados, como pillos emuleros ó como truhanes de la vida.

por ello les haya sobrevenido, no es el gobierno quien ha podido producirlos, son los mismos, cuyas palabras desmentidas diariamente con los hechos, no merecen ya mas que el desconcepto que se han buscado y el ridículo que naturalmente cae sobre todo lo que es falso y grotesco por naturaleza.

Sin querer ya iba tomando este artículo un aire de melancolía y de seriedad tales, que no parece sino que se trataba de una venganza positiva. Perdonen ustedes. El *Boquiflojo* no quiere ponerse de mal humor, esto sería imperdonable, aun juzgando que los miedos de Mirafuentes y su patético lenguaje fuesen obra de una profunda convicción.

En este caso el *Boquiflojo*, con presencia de los hechos y considerando que siempre el temor manifestado de una venganza es gratuito y calumnioso, le diría al que ya se supone víctima: "No tengas cuidado; el gobierno en lo que menos puede y debe pensar, es en hacer fuerza á costa de su existencia y de su reputación; no ha de ser tan necio que aplique la vara represiva sino cuando caiga con la masa en las manos á todos los que á la sombra de la Constitución, no hacen algo mas que hablar y decir desvergonzadas ó desatinadas en un periódico, bastante conocido por su volubilidad y sus tendencias á la tesorería."

Tampoco haya miedo de que el gobierno invente conspiraciones, cuando hay un *Aljorote* que se ha hecho maestro en esa ciencia, y cuando eso cabería en su propio perjuicio, porque tan mala alteración daría á entender que sus enemigos eran mas numerosos que los cuatro gatos que malullan con el antejo de ser los intérpretes de la voluntad y de la opinión de los pueblos.

Y si estas reflexiones le ocurren al *Boquiflojo*, que no es gobierno ni prensa seria, cuántas mas racionales razones habrá en conservar su reputación, con la sencilla paréntesis que supone alquilarle un espacio en las

mismos, cansados y empalagados de vuestras propias obras, entreis en juicio, que es lo que el gobierno desea y lo que espera la patria, que es la mamá de todos los hermanitos ya sean buenos ó malos.

## HECHOS Y DICHO DE LOS MONDANOS.

### LOS CALENTADORES.

En los antiguos bailes que se verificaban en las cosas de vecindad ó en las de particulares de pocas proporciones, buscábase un hombre ducho en esta clase de diversiones, que se encargara, no solo de invitar á las niñas y caballeros, sino que su deber se extendía hasta animar el baile cuando desfallecía por causa de la hora ó de la extenuacion. A estos hombres les llamaban *calentadores*, y al fin de la fiesta cobraban por su trabajo al par de los músicos, del repostero y de los alquiladores de muebles y alumbrado.

En la historia de nuestros pronunciamientos pasados se registran los fabricantes de planes, los abastecedores de armas y municiones, los de víveres, etc., y entre toda la falanga se encuentran los *calentadores*. Estos eran de diversas clases y categorías y aun de sexos; unos en los periódicos defendían la causa, otros en los portales propagaban triunfos, hasta señoras se introducían en los cuarteles y puntos fortificados, y con cuerdas de palma, y con caños de cera y otros amuletos, excitaban á la matanza y cruce de las mejores *calentadoras*. Obtenido el triunfo cobraban su trabajo, y se les pagaba en dinero ó en cuples.

Todavía no olvidan esa táctica, y por eso se han visto en los días anteriores tantas *calentadoras* que en los periódicos excitaban á la guerra, sin considerar que ya era tiempo. Trácese el pronunciamiento de Puebla, y no pudieron cobrar su paga; fracasó el último que preparaba en México, y se quedaron sin su remuneracion del trabajo, que aunque parece fídel el oficio de *calentador*, con tanta opulencia, diligencia y expensas, como el de *calentador*, no se cobra nada. Y así como en el primer pronunciamiento se les pagó en dinero, en el segundo se les pagó en cuples.